

del agente, y ambos desaparecen en el carácter incondicionado del producto. El eterno retorno no es una fe, sino la verdad de la fe: ha aislado el doble o el simulacro, ha liberado lo cómico para transformarlo en un elemento de lo sobrehumano. Por eso, como también dice Klossowski, no es una doctrina, sino el simulacro de toda doctrina (la más alta ironía), no es una creencia, sino la parodia de toda creencia (el humor más alto): creencia y doctrina eternamente por venir. Con demasiada frecuencia nos invitaron a juzgar al ateo desde el punto de vista de la creencia, de la fe que se pretende que aún lo anima, en una palabra, desde el punto de vista de la gracia, para que no nos sintamos tentados por la operación inversa: juzgar al creyente por el ateo violento que lo habita, anticristo eternamente dado en la gracia y por «todas las veces».*

La vida biopsíquica implica un campo de individuación en el cual las diferencias de intensidad se distribuyen aquí y allá, bajo forma de excitaciones. Se denomina placer al proceso, a la vez cualitativo y cuantitativo, de resolución de la diferencia. Tal conjunto, repartición móvil de diferencias y resoluciones locales en un campo intensivo, corresponde a lo que Freud llamaba el Ello, o por lo menos, a la capa primaria del Ello. La palabra «ello» no designa solamente en este sentido un pronombre temible y desconocido, sino también un adverbio de lugar móvil, un «aquí y allá»** de las excitaciones y de sus resoluciones. Y es allí donde empieza el problema de Freud: se trata de saber cómo el placer va a dejar de ser un proceso para convertirse en un principio, dejar de ser un proceso local para tomar el valor de un principio empírico que tiende a organizar la vida biopsíquica en el Ello. Es evidente que el placer causa placer, pero ello no es motivo para que adquiera un valor sistemático según el cual se lo busca «en principio». Eso es lo que significa en primer lugar *Más allá del principio de placer*: no se trata de excepciones a ese principio, sino, por el contrario, de la determinación de las condiciones bajo las cuales el placer se convierte efecti-

* En el original francés, *toutes les fois* sugiere que el autor hace un juego de palabras entre «todas las veces» y «todas las fés» (*foi = fe*). (N. de los T.)

** En francés, *ça* puede cumplir la función de pronombre demostrativo y adverbio de lugar, además de su uso en psicoanálisis y su valor interjetivo. (N. de los T.)

vamente en principio. La respuesta freudiana es que la excitación como libre diferencia debe, de alguna manera, ser «invertida», «ligada», maniatada, de modo que su resolución sea sistemáticamente posible. Lo que en general vuelve posible no el placer mismo sino el valor de principio tomado por el placer, es el vínculo o la investidura de la diferencia: se pasa así de un estado de resolución dispersa a un estatuto de integración que constituye la segunda capa del Ello o el comienzo de una organización.

Ahora bien, este vínculo es una verdadera síntesis de reproducción, es decir, un Habitus. El animal se forma un ojo al determinar la reproducción de excitaciones luminosas dispersas y difusas sobre una superficie privilegiada de su cuerpo. El ojo liga la luz, es él mismo una luz ligada. Este ejemplo basta para mostrar el grado de complejidad de la síntesis. Pues existe una actividad de reproducción que toma como objeto la diferencia que hay que ligar; pero más profundamente hay una pasión de la repetición, de donde sale una nueva diferencia (el ojo formado o el yo vidente). La excitación como diferencia era ya la contracción de una repetición elemental. En la medida en que la excitación se vuelve a su vez elemento de una repetición, la síntesis contractante se eleva a una segunda potencia, representada precisamente por el vínculo o la investidura. Las investiduras, los vínculos o integraciones son síntesis pasivas, contemplaciones-contracciones de segundo grado. Las pulsiones no son sino excitaciones ligadas. En el nivel de cada vínculo se forma un yo [moi] en el Ello; pero un yo pasivo, parcial, larvario, contemplante y contractante. El Ello se puebla de yo locales, que constituyen el tiempo propio del Ello, el tiempo del presente viviente, el lugar donde se operan las integraciones correspondientes a los vínculos. El hecho de que esos yo sean inmediatamente narcisistas se explica con facilidad si se considera que el narcisismo no es una contemplación de sí mismo, sino el colmamiento con una imagen de sí mientras se contempla otra cosa: el ojo, el yo vidente se llena con una imagen de sí mismo contemplando la excitación que él liga. Se produce a sí mismo o «se sustrae» a lo que contempla (y a lo que contrae e inviste por contemplación). Por ese motivo la satisfacción que proviene del vínculo es forzosamente una satisfacción «alucinatória» del yo mismo, aunque la alucinación no contradiga aquí la

efectividad del vínculo. En todos estos sentidos, el vínculo representa una síntesis pasiva pura, un *Habitus* que confiere al placer el valor de un principio de satisfacción en general; la organización del Ello es la del hábito.

Por consiguiente, el problema del hábito está mal planteado en tanto el hábito se subordine al placer. Ora se considera que la repetición en el hábito se explica por el deseo de reproducir un placer obtenido; ora, que puede concernir a tensiones desagradables en sí mismas, pero para dominarlas, en la finalidad de un placer por obtener. Es evidente que estas dos hipótesis suponen ya el principio de placer: *la idea* del placer obtenido, *la idea* del placer obtenible no actúan más que bajo el principio, y forman a partir de él sus dos aplicaciones, pasada y futura. Pero el hábito, como síntesis pasiva de vínculo, precede, por el contrario, al principio de placer y lo vuelve posible. Y la idea de placer deriva de él, así como el pasado y el futuro provienen de la síntesis del presente viviente. El vínculo tiene como efecto la instauración del principio de placer; no puede tener como objeto algo que presupone este principio. Cuando el placer adquiere la dignidad de un principio, entonces, y sólo entonces, la idea de placer actúa como subsumida por el principio, en un recuerdo o un proyecto. El placer desborda su propia instantaneidad para tomar el cariz de una satisfacción en general (y los intentos por sustituir la instancia del placer, considerada demasiado subjetiva, por conceptos «objetivos» como los de éxito o triunfo, dan pruebas de esta extensión conferida por el principio, en condiciones tales que la idea de placer, esta vez, sólo pasó por la cabeza del experimentador). Es posible que, empíricamente, vivamos la repetición como subordinada a un placer obtenido o por obtener. Pero en el orden de las condiciones, sucede a la inversa. La síntesis de vínculo no puede explicarse por la intención o el esfuerzo de *dominar* una excitación, aun cuando tenga este efecto.¹⁴ Una vez más, debemos cuidarnos de confundir la actividad de reproducción con la pasión de repetición que recubre. La repetición de la excitación tiene como verdadero objeto elevar la

¹⁴ Daniel Lagache estudió la posibilidad de aplicar el concepto psicológico de hábito al inconsciente y a la repetición en el inconsciente (pero entonces parece que la repetición estaría considerada solamente desde la perspectiva de un dominio de las tensiones): cf. «Le problème du transfert», *Revue Française de Psychanalyse*, enero de 1952, págs. 84-97.

síntesis pasiva a una potencia de la cual derivan el principio de placer y sus aplicaciones, futura y pasada. La repetición en el hábito o la síntesis pasiva de vínculo está, pues, «más allá» del principio.

Este primer más allá constituye ya una suerte de Estética trascendental. Si esta estética nos parece más profunda que la de Kant, es por las razones siguientes: cuando definía el yo [moi] pasivo por la simple receptividad, Kant se daba las sensaciones como ya hechas, relacionándolas tan sólo con la forma *a priori* de su representación determinada como espacio y tiempo. Con ello, no sólo unificaba el yo pasivo vedándose componer el espacio en forma paulatina, no sólo privaba a ese yo pasivo de todo poder de síntesis (ya que la síntesis se reserva a la actividad), sino que también cortaba las dos partes de la Estética, el elemento objetivo de la sensación garantizado por la forma de espacio, y el elemento subjetivo encarnado en el placer y la aflicción. Los análisis precedentes tenían como finalidad mostrar, por el contrario, que la receptividad debía ser definida por la formación de yo locales, por síntesis pasivas de contemplación o contracción, que dieran cuenta a la vez de la posibilidad de experimentar sensaciones, de la potencia de reproducirlas y del valor de principio adquirido por el placer.

Pero a partir de la síntesis pasiva aparece un doble desarrollo, en dos direcciones muy diferentes. Por una parte, se establece una síntesis activa sobre la fundación de las síntesis pasivas: consiste en referir la excitación ligada a un objeto que se plantea como real y como término de nuestras acciones (síntesis de reconocimiento, que se apoya sobre la síntesis pasiva de reproducción). Lo que define la síntesis activa es la prueba de realidad en una relación llamada «objetal». Y el Yo [Moi] tiende a «activarse», a unificarse en forma activa, a reunir todos sus pequeños yo pasivos componentes y contemplantes, y a distinguirse tópicamente del Ello, precisamente según el principio de realidad. Los yo pasivos eran ya integraciones, pero, como dicen los matemáticos, integraciones sólo locales; el yo activo es intento de integración global. Sería del todo inexacto considerar la posición de realidad como un efecto producido por el mundo exterior, o aun como el resultado de los fracasos con que tropieza la síntesis pasiva. Por el contrario, la prueba de realidad moviliza y anima, inspira toda la actividad del yo: no

tanto bajo la forma de un juicio negativo, sino bajo la de una superación de la ligazón hacia algo «sustantivo» que sirva de soporte al vínculo. Sería también inexacto considerar el principio de realidad como si se opusiese al principio de placer, lo limitase y le impusiese renunciamentos. Los dos principios se hallan en la misma senda, aunque el uno supere al otro. Pues las renuncias al placer inmediato están ya comprendidas en el rol de principio al cual accede el placer mismo, es decir, en el rol que toma la idea de placer con respecto a un pasado y a un futuro. Uno no se vuelve principio sin tener deberes. La realidad y las renuncias que ella nos inspira no hacen más que poblar el margen o la extensión adquirida por el principio de placer, y el principio de realidad no hace más que determinar una síntesis activa en tanto fundada en las síntesis pasivas anteriores.

Pero los objetos reales, el objeto enunciado como realidad o soporte del vínculo, no constituyen los únicos objetos del yo, como tampoco agotan el conjunto de las llamadas relaciones objetales. Distinguíamos dos dimensiones simultáneas: es así como la síntesis pasiva no se supera hacia una síntesis activa sin profundizarse también en otra dirección donde permanece síntesis pasiva y contemplativa, utilizando, al mismo tiempo, la excitación ligada para alcanzar otra cosa, pero de manera distinta que la del principio de realidad. Más aún, resulta evidente que la síntesis activa no podría jamás construirse sobre la síntesis pasiva si esta no persistiese simultáneamente, no se desarrollase al mismo tiempo por su cuenta, y no encontrase una nueva fórmula, a la vez disimétrica y complementaria de la actividad. Un niño que empieza a caminar no se contenta con vincular excitaciones en una síntesis pasiva, aun suponiendo que esas excitaciones sean endógenas y nazcan de sus propios movimientos. Nunca nadie caminó de manera endógena. Por una parte, el niño supera las excitaciones ligadas hacia la posición o la intencionalidad de un objeto, por ejemplo, la madre como meta de un esfuerzo, término a reencontrar activamente «en realidad», con respecto al cual mide sus triunfos y sus derrotas. Pero por otra parte y al mismo tiempo, el niño se constituye otro objeto, un objeto de tipo muy distinto, objeto o foco *virtual* que regula y compensa los progresos, los fracasos de su actividad real: se pone varios dedos en la boca, rodea ese foco con el otro brazo, aprecia el

conjunto de la situación desde el punto de vista de esa madre virtual. El hecho de que la mirada del niño esté vuelta hacia la madre real, que el objeto virtual sea el término de una aparente actividad (la actividad de chupar, por ejemplo) corre el riesgo de inspirar al observador un juicio erróneo. El chupar sólo es actuado para proporcionar un objeto virtual que debe ser contemplado en una profundización de la síntesis pasiva; a la inversa, la madre real no es contemplada más que para servir de finalidad a la acción y de criterio para la evaluación de la acción en una síntesis activa. No es correcto hablar de egocentrismo en el niño. El niño que empieza a manipular un libro por imitación, sin saber leer, no se equivoca jamás: lo pone siempre al revés. Es como si lo tendiese a la otra persona, término real de su actividad, al propio tiempo que capta él mismo el revés como foco virtual de su pasión, de su contemplación profundizada. Ciertos fenómenos muy diversos como la zurdera, la escritura en espejo, ciertas formas de tartamudeo, ciertos estereotipos, podrían explicarse a partir de esta dualidad de los focos del mundo infantil. Pero lo importante es que ninguno de los dos focos es el yo. A partir de una misma incompreensión se interpretan las conductas del niño como provenientes de un pretendido «egocentrismo», y el narcisismo infantil era interpretado como actitud que excluye la contemplación de otra cosa. En verdad, a partir de la síntesis pasiva de vínculo, a partir de las excitaciones vinculadas, el niño se construye sobre una doble serie. Pero las dos series son objetales: la serie de los objetos reales como correlatos de la síntesis activa, la de los objetos virtuales como correlatos de una profundización de la síntesis pasiva. El yo pasivo profundizado se llena de una imagen narcisística cuando contempla los focos virtuales. Una serie no existiría sin la otra; y sin embargo no se parecen. Por esta razón, Henri Maldiney, al analizar, por ejemplo, la marcha del niño, afirma acertadamente que el mundo infantil no es circular ni egocéntrico, sino elíptico, con doble foco que difiere por naturaleza; ambos son, sin embargo, objetivos u objetales.¹⁵ Tal vez incluso, de un foco al otro, en virtud de su desemejanza, se forman un cruce, una torsión, una hélice, una forma de 8. Y el

¹⁵ Véase Henri Maldiney, *Le moi*, curso resumido, *Bulletin Faculté de Lyon*, 1967.